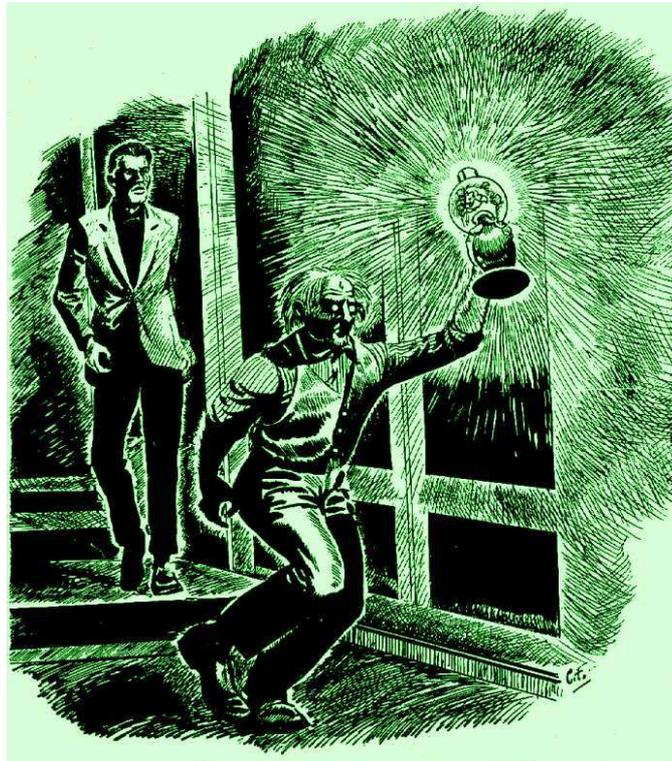


UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

5. UNA ESPADA TINTA EN SANGRE

Resumen: Héctor Poletti, uruguayo ganador del premio Nobel de Literatura de 1985, está relatando, a través de una emisión televisiva a escala mundial, las escalofriantes alternativas que viviera meses atrás en las remotas soledades de los Cárpatos. Perdido en una región boscosa, optó por buscar refugio en un vetusto castillo de las inmediaciones. Aunque al llamar a su puerta sintióse asaltado por extrañas sensaciones, su positivismo “siglo XX” le hizo echar a un lado aquellos temores.



REBUSQUÉ entre los conocimientos lingüísticos legados por mi madre.
—Soy extranjero —respondí, con dolorosa conciencia de mi acento rioplatense—. Me atrapó la noche en medio del bosque y no sé cómo volver al pueblo...

Chirriaron los goznes y se amplió la abertura de la puerta. La luz de un candil reveló una grotesca figura enfrentándome.

—El bosque es peligroso —pronunció mi interlocutor, gangosamente—. No debió aventurarse así, tan tarde, y siendo extranjero.

No contesté enseguida. Intentaba decidir en dónde radicaba la desagradable impresión que desde el primer instante me causara el sujeto... Irreflexivamente, lo había catalogado de “deforme”; pero un momento después de incurrir en tal generalización advertí que no me era posible determinar en qué sentido lo era. Sin duda había algo anormal en él; pero se trataba de un elemento de carácter difuso, no concreto, como lo habría sido una joroba, por ejemplo, o cicatrices en la cara.

Ulularon los lobos, no muy lejos de allí. No logré reprimir un movimiento de inquietud.
—¿Suelen atacar? —pregunté.

—A los que son prudentes, menos que a los demás... —repuso él—. Haga el favor de pasar.

Lo seguí. La llama del candil, oscilando al meneo de su paso, despedía una luz insegura y turbia de humo maloliente. Sobre aquella faz extraña, las sombras se instalaban como adhiriéndose, demarcando gibas y cavernas profundas en cada poro, en cada arruga.

Atravesamos un inmenso patio poblado de tinieblas y, finalmente, cruzando un reducido portal gótico, penetramos en el vestíbulo.

Contra lo que me había imaginado, la iluminación era profusa. De hecho, el aspecto general no estaba desprovisto de cierta lúgubre suntuosidad. Nunca he sido aficionado a las reliquias históricas; pero ahora esta vetustez, de algún modo indefinible, me cautivaba. Era como retroceder un par de siglos...; y para un montevideano sedentario significaba trasponer la frontera de un universo aparte. Aquello me capturó, sin más.

—Aguarde, por favor —rogó mi Virgilio moldavo—. Voy a avisarle al castellano que tiene visita.

Sopló el candil, ya inútil, y se alejó a trancos desparejos. Viéndolo de espaldas confirmé mi aserto de que era contrahecho, aunque su defecto seguía sin poder localizarse. Quizás una pierna más corta... Pero desapareció de mi vista sin darme tiempo a observarlo con mayor detenimiento.

G IRÉ la mirada a mi alrededor. El cielorraso era alto, de madera oscura, con gruesas vigas que lo sustentaban desde varios siglos atrás. Las paredes mostraban la piedra al desnudo: sólidos bloques de un gris que moteaba el liquen invasor... O tal vez esto último fuese efecto de la luz, proveniente de multitud de picos de gas, resguardados tras pantallas de color verdusco. Los pisos eran de mosaico y, de acuerdo a mis someros conocimientos de arquitectura histórica, los relacioné con ciertas modalidades levantinas. (En realidad, según me habría de enterar más adelante por boca del propio señor del castillo, aquel mosaico no tenía parangón en el resto del mundo, y su origen era tan desconocido como imposible de etiquetar.)

Me llamó la atención una antigua armadura, en un ángulo, perfectamente conservada aunque cubierta de polvo y, lamento consignarlo, telarañas... Enseguida reparé en la enorme estufa de leña, que abarcaba casi por completo una de las paredes del recinto.

Había un emblema heráldico presidiendo el hueco del hogar: un mandoble hundido hasta la mitad de su longitud en un cuenco rebosante de algo intensamente rojo. La divisa rezaba:

BATHORY

F RUNCÍ las cejas.
—¿Dónde diablos...? —y de inmediato surgió el recuerdo.

Sandor Bathory, por supuesto... Había estado alojado en la habitación contigua a la mía, en el hotel de Estocolmo, cuando los premios. Una especie de risueño Charles Laughton, cuyo perenne buen humor no se lo estropeaba ni siquiera el defecto congénito de carecer de visión en el ojo derecho.

Era el mejor de los camaradas, rememoré, siempre dispuesto a “correrla”, en cuanto pudiese agenciarse un par de chicas bien dispuestas y media docena de botellas bien

heladas. Además, un auténtico genio, Premio Nobel de Biología... ¡Pero con seguridad él no tendría nada que ver con estos Bathory! Un genuino exponente del último cuarto de siglo ¿y los moradores de ese castillo polvoriento?...

Resultaría absurdo, me dije, pretender relacionar al positivista Sandor con aquella espada tinta en sangre y con la sugestión de pasado que emanaba de las mohosas paredes.

Fue la primera de una larga serie de sorpresas: no pude equivocarme más.

(Continúa)

¿QUIÉN ES SANDOR BATHORY? ¿QUÉ PAPEL ESTÁ DESTINADO A DESEMPEÑAR EN EL HORRIPILANTE DRAMA EN QUE HÉCTOR POLETTI SE VERÁ ENVUELTO A CAUSA DE SU TEMERIDAD? ¡UN DESCONOCIDO INSTINTO DE CONSERVACIÓN INTENTA ADVERTIR AL ESCRITOR DE LOS RIESGOS A QUE SE EXPONE, PERO EL MENSAJE SUBLIMINAL AÚN NO HA LLEGADO A LA CONCIENCIA DE NUESTRO PROTAGONISTA..., QUE DE PODER TENER SIQUIERA UN VISLUMBRE DE LOS ABISMOS DE ABOMINACIÓN QUE ESTÁN POR ABRIRSE A SUS PIES, NO PERDERÍA TIEMPO EN PONERSE A SALVO! PERO EL HOMBRE ES CIEGO ANTE LOS AVISOS DEL MÁS ALLÁ... ¡Y SE INTERNA SIN VACILAR EN SITIOS DONDE LOS ÁNGELES TEMERÍAN PISAR! ¡COSAS INIMAGINABLES HAN DE SOBREVENIRLE! ¡NO SE LAS PIERDA, AMIGO LECTOR! ¡VUELVA EL PRÓXIMO MARTES A ESTE MISMO SITIO..., A MENOS QUE TEMA POR SU PROPIA CORDURA!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com